

PRIMER EXTRACTO DE CHARLEVOIX.

DESCRIPCION

DEL PAIS DE LOS NATCHEZ.

Esta comarca, la mas hermosa, fértil y poblada de toda la Luisiana, dista cuarenta leguas de los Yazous, en esta misma direccion. El desembarcadero está en frente de un cerro bastante alto y muy escarpado, á cuyo pié corre un riachuelo que solo admite botes y piraguas. Desde este primer cerro se sube á otro, ó por mejor decir, á una colina, cuya pendiente es bastante suave y en cuya cima se ha construido una especie de reducto cerrado por una simple empalizada. Háse dado á esta trinchera el nombre de fuerte.

Muchos montecillos descuellan sobre esta colina, y cuando se ha pasado de ellos, se descubren por todas partes estensas praderas separadas por varios grupos de bosquecillos que producen un hermoso efecto. Los árboles mas comunes en aquellos bosques son el nogal y la encina, y en todas partes las tierras son excelentes. El difunto Mr. d' Iberville, que fue el primero que entró en el Misisipi por su embocadura, habiendo subido hasta los Natchez, consideró este país tan encantador y ventajosamente situado, que creyó no podia fijar mejor la metrópoli de la nueva colonia. Trazó su plano y le dió el nombre de Rosalia, que era el de madama la cancillera de Pontchartrain. Pero al parecer este proyecto no debe realizarse tan pronto, aunque nuestros geógrafos han marcado siempre en sus mapas la ciudad de Rosalia en el país de los Natchez.

Es indudable que es preciso empezar por un establecimiento mas inmediato al mar; pero si la Luisiana llega á ser algun dia una colonia floreciente, como puede bien serlo, me parece que no se puede situar mejor su capital que en este punto. No está sujeto á las inundaciones del rio, el aire es puro, el país muy dilatado, el terreno propio para todo y bien regado; no está muy distante del mar, y nada se opone á que los buques suban hasta allí; finalmente, se halla al alcance de todos los lugares donde al parecer se trata de establecerse. La sociedad tiene un almacén y mantiene en él á un empleado principal, que aun no tiene mucha ocupacion.

Entre gran número de concesiones particulares, que están ya aquí en estado de producir, hay dos de la mayor importancia, quiero decir, de cuatro leguas cuadradas: una pertenece á una sociedad de maluinios, que la han comprado á Mr. Hubert, comisario ordenador y presidente del Consejo de la Luisiana; la otra es de la Compañía, que ha enviado á ella obreros de Clairac para hacer tabaco. Estas dos con-

cesiones están situadas de tal modo que forman un triángulo perfecto con el fuerte, y la distancia de ángulo á ángulo es de una legua. A la mitad del camino de ambas concesiones, se halla la gran ciudad de los Natchez. He visitado detenidamente todos aquellos lugares, y he aquí lo mas notable que hallé en ellos.

La concesion de los Maluinios está oportunamente situada, faltándole solo para sacar partido de todo su terreno algunos negros ó empeñados. Yo daría la preferencia á estos, porque al espirar el plazo de su servicio, se convierten en habitantes y aumentan el número de los súbditos naturales del rey, siendo así que los negros son siempre extranjeros; y ¿quién puede asegurar que á fuerza de multiplicarse en nuestras colonias, no llegarán á ser un dia temibles enemigos? Puede contarse con unos esclavos que no están unidos á nosotros sino por el temor, y para quienes la misma tierra donde nacen nunca recibe el dulce nombre de patria?

La primera noche que pasé en aquella habitacion hubo á las nueve de la noche una gran alarma; pregunté cual era su causa, y supe habia en la vecindad una fiera de una especie desconocida, de extraordinaria corpulencia, y cuyo abullido no se parecia al de nungun animal conocido por nosotros. Nadie, sin embargo, aseguraba haberla visto, y solo se juzgaba de sus dimensiones por sus fuerzas, pues habia arrebatado carneros, terneras y ahogado algunas vacas. Dije á los que esto me referian que un lobo rabioso podia hacer otro tanto, y que respecto al abullido, nada se sabia de cierto. A nadie convencí, pues todos querian que fuese una fiera monstruosa; acabábase de oírlo, y todos corrieron armados de cuanto hallaron á mano, pero todo fue inútil.

La concesion de la Compañía está aun mas ventajosamente situada que la de los Maluinios. Un mismo rio baña á una y otra, y va á desaguar al rio grande á dos leguas de esta concesion, en cuyo derredor se estiende un magnifico bosque de cipreses de seis leguas de estension. El cultivo del tabaco ha sido muy productivo; pero casi todos los jornaleros de Clairac han regresado á Francia.

He visto en el jardín del señor le Noir, comisionado principal, un hermoso algodonero, y un poco mas abajo se empieza á ver el indigo silvestre; todavia no se ha hecho la prueba de su calidad; pero hay muchas apariencias de que no es inferior al que se ha encontrado en la isla de Santo Domingo, donde es

tan estimado como el que ha sido trasladado allí de otras partes; y además, la esperiencia nos enseña que un vasto terreno que produce naturalmente esta planta, es muy á propósito para aclimatar cualquiera otra exótica que en él se siembre.

La gran ciudad de los Natchez está reducida en la actualidad á muy pocas cabañas; la causa que de esto me han dado es que los salvajes, cuyo gran cacique tiene el derecho de quitarles todo lo que tienen, se alejan de él lo mas que pueden; por lo que algunas poblaciones de esta nacion se han formado á alguna distancia de la gran ciudad. Los sioux, sus aliados y los nuestros, han establecido tambien una en su vecindad.

Las cabañas de la gran ciudad de los Natchez, única que he visto, tienen la forma de un pabellon cuadrado, son muy bajas y sin ventanas; su techo es redondeado casi como un horno. La mayor parte están cubiertas de hojas y de paja de maiz; algunas están construidas con una especie de entretejido que me pareció bastante bueno, y que está cubierto exterior é interiormente de esteras muy delgadas. La del gran cacique está muy esmeradamente adornada por dentro, y es tambien mas espaciosa y alta que las demás, hallándose construida sobre un terreno un poco elevado y aislado por todas partes. Da frente á una espaciosa plaza, no de las mas regulares y que mira al Norte. En ella encontré por único mueble, una cama de tablas muy estrechas, elevada sobre el suelo dos ó tres piés; es regular que cuando el gran cacique quiera acostarse estiende sobre ella alguna estera ó piel.

La ciudad salvaje estaba enteramente desierta; todos sus pobladores habian marchado á las inmediaciones donde se celebraba una fiesta, y todas las puertas estaban abiertas, pues nada habia que temer de los ladrones, porque tampoco habia quedado en las cabañas sino las cuatro paredes. Estas cabañas no tienen salida alguna para el humo, y no obstante en todas aquellas donde entré estaban bastante blancas. El templo se mostraba al lado de la del gran cacique, vuelta hácia el Oriente y á la estremidad de la plaza; componiánte los mismos materiales que á las cabañas, pero su figura es diferente: es un cuadrilongo de unos cuarenta piés sobre veinte de ancho, con un techo muy sencillo, de la figura de los nuestros. En sus dos estremidades descuellan dos especies de veletas de madera, que representaban muy toscamente dos águilas.

La puerta está en medio de la longitud del templo, que no tiene mas aberturas. Su interior correspondia perfectamente á esta rústica exterioridad. Tres grandes trozos de madera que se unen por sus estremidades, y están colocados en forma triangular, ó por mejor decir, igualmente separados unos de otros, ocupan casi todo el centro del templo y arden lentamente. Un salvaje, que se llama el vigilante del templo, tiene la obligacion de atizarlos é impedir que se apaguen. Si hace frio puede utilizarse del fuego; pero no le es permitido calentarse al que arde en honor del Sol. Aquel vigilante asistia tambien á la fiesta; á lo menos yo no le ví, y sus tizonos despedian un humo que cegaba.

Ningun ornamento ví, ni tampoco cosa alguna que pudiese hacerme conocer que estaba en un templo. Solo advertí tres ó cuatro cajas colocadas sin órden, en las que habia algunos huesos secos, y en tierra algunas cabezas de madera, un poco menos mal trabajadas que las dos águilas del techo. En fin, si no hubiera hallado fuego, hubiese creído que aquel templo estaba abandonado desde mucho tiempo atrás, ó que habia sido saqueado. Aquellos conos envueltos en pieles de que hablan algunas relaciones; aquellos cadáveres de los caciques, colocados circularmente en un templo redondo y terminado en cúpula;

aquel altar, etc.; nada de esto he visto, y si tal se veia en otros tiempos, todo ha desaparecido ya.

Acaso (porque á nadie debemos condenar sino cuando no hay medio alguno de escusarle), acaso, repito, la vecindad de los franceses ha hecho temer á los Natchez que los cadáveres de sus caciques y las preciosidades que su templo contenia, corrian algun peligro, si no los trasladaban á otros lugares; la escasa atencion que hoy se emplea en guardar bien aquel templo, procede de haber sido despojado de lo que aquellos pueblos consideraban mas sagrado. No obstante, es cierto que en la pared y en frente de la puerta habia una tabla cuyas dimensiones no me tomé la molestia de medir, porque no sospeché que fuese un altar; despues supe que tenia tres piés de alto, cinco de largo y cuatro de ancho.

Supe tambien que arde allí un fuego lento de cortezas de encina, y que nunca se apaga; lo cual es falso, porque no habia á la sazón ni fuego ni cosa alguna que hiciese conocer que lo hubiese alguna vez. Dícese tambien que cuatro ancianos se acuestan alternativamente en el templo para mantener aquel fuego; que aquel que está de guardia no debe salir durante los ocho dias que dura este servicio; que se tiene cuidado de tomar de las ascuas algunos tizonos encendidos que arden en medio del templo para colocarlos en el altar; que hay doce hombres ocupados en proporcionar estas cortezas de encina; que hay idolillos de madera y una efigie de una culebra de cascabel tambien de madera, que se coloca en el altar y á los que tributan grandes honores; que cuando muere el cacique primero se le entierra, y cuando se cree que las carnes están consumidas, el vigilante del templo las exhuma, lava los huesos, los envuelve en las materias mas preciosas y los coloca en grandes cestos hechos de cañas, que se coloca bien; que envuelve estos cestos en pieles de cabrito muy limpias y los coloca delante del altar, donde permanecen hasta la muerte del cacique reinante; y que entonces encierra estos huesos en el mismo altar, para hacer lugar al último difunto.

Nada puedo decir acerca de esta última circunstancia, sino que ví algunos huesos en una ó dos cajas, pero que no formaban la mitad de un cuerpo humano; que me parecieron muy antiguos, y que no estaban en la tabla que se dice era el altar. Respecto de los demás artículos, diré primero, que como solo he estado de dia en el templo, ignoro lo que pasa en él de noche; y que ningun custodio habia en el templo cuando lo visité. Ví, sí, como ya he dicho, algunos idolillos, pero no una efigie de culebra.

Respecto de lo que he visto en algunas relaciones, esto es, que este templo está tapizado y su pavimento cubierto de esteras de cañas, que se ostenta en él la mayor limpieza, y se presentan todos los años las primicias de todas las cosechas, es preciso rebajar mucho; yo no he visto cosa mas descuidada, sucia y desordenada; los maderos ardan sobre el desnudo suelo, y no ví esteras sino en las paredes. Mr. le Noir, que me acompañaba, me dijo únicamente que todos los dias se echaba al fuego un nuevo madero, y que al principio de cada luna se hacia la provision de ellos para todo el mes. Mr. le Noir, sin embargo, no lo sabia sino por oídas, porque era la primera vez que veía aquel templo, lo mismo que yo.

Por lo que respecta á la nacion de los Natchez en general, he aquí lo que he podido averiguar. Nada se ve en ellos en su exterior que les distinga de los demás salvajes del Canadá y de la Luisiana. Hacen pocas veces la guerra, pues no cifran su gloria en destruir á los hombres. Lo que les caracteriza mas particularmente es su forma de gobierno, del todo despótico; una gran dependencia, que raya en una especie de esclavitud en los súbditos, su mayor boato y grandeza en sus caciques, y su carácter pacífico, que

no obstante, se ha desmentido algo desde hace muchos años.

Los Hurones creen como ellos, que sus caudillos hereditarios descienden del sol; pero no hay uno solo que quisiera ser su criado, ni seguirle al otro mundo, para tener el honor de servirle en él, como sucede entre los Natchez. Garcilaso de la Vega habla de esta nación como de un pueblo poderoso, y aun no há seis años que se contaban en él cuatro mil guerreros; y parece que era mas numeroso en tiempo de Mr. de la Salle y tambien cuando Mr. d' Iberville descubrió la embocadura del Misisipi. En la actualidad los Natchez no podrían poner en pié de guerra dos mil combatientes; disminucion que se atribuye á las enfermedades contagiosas que en estos últimos años han causado en ellos notable estrago.

El gran cacique de los Natchez tiene el nombre de Sol; y como entre los Hurones, siempre le sucede el hijo de su pariente mas inmediato. A su mujer se concede la categoría de Mujer-Jefe, y aunque por lo regular nunca se mezcla en los negocios públicos, tributánsele grandes honores. Tiene tambien como el Sol, derecho de vida y muerte, y cuando alguno incurrió en la desgracia de disgustar al uno ó á la otra, manda á sus guardias llamados *allouez*, le den muerte. ¡*Libradme de ese perro!* dicen, y son al punto obedecidos. Sus vasallos y hasta los caciques subalternos no se acercan á ellos sin saludarles tres veces, exhalando un grito que es una especie de ahullido; lo mismo practican al retirarse, y se retiran marchando hácia atrás. Cuando se les halla al paso, es preciso detenerse, separarse del camino y exhalar los mismos gritos de que he hablado hasta que hayan pasado. Hay tambien la obligacion de llevarles lo mejor de las cosechas, la caza y la pesca. Finalmente, nadie, sin exceptuar sus mas próximos parientes y los que componen las familias nobles, cuando tienen el honor de comer con ellos, tiene derecho á beber en el mismo vaso, ni á tocar su plato.

Todas las mañanas, al salir el sol, el gran cacique se coloca á la puerta de su cabaña, se vuelve hácia el Oriente y ahulla tres veces arrodillándose hasta tocar en tierra. Presentásele luego un calumet, que solo sirve en esta ocasion; fuma, y arroja el humo de su tabaco hácia el astro del día, y despues hácia las tres partes del mundo. No reconoce en la tierra otro superior que el sol, de quien se juzga descendiente; ejerce un poder sin límites sobre sus vasallos; puede disponer de sus vidas y haciendas; y sean los que fueren los trabajos á que los destine, no pueden exigirle salario alguno.

Cuando el gran cacique ó la Mujer-Jefe mueren, todos sus *allouez* está obligados á seguirles al otro mundo; pero no son los únicos que tienen este honor, porque como tal es considerado y muy apetecido. Cacique hay cuya muerte cuesta la vida á mas de cien personas; y me han asegurado que mueren pocos natchez de categoría, á quienes algunos de sus parientes, amigos ó servidores no acompañen al país de las almas. Por lo que se desprende de las diferentes relaciones que he leído de estas horrosas ceremonias, que varían mucho, he aquí una de las exequias de una Mujer-Jefe, que he recibido de un viajero testigo de ellas, y sobre cuya veracidad debo contar.

El marido de esta mujer no era noble, es decir, de la familia del Sol, por lo que su hijo primogénito la ahorcó, segun costumbre; despojóse luego la cabaña de cuanto en ella habia, y con todos sus enseres se construyó una especie de carro triunfal, en que la difunta y su esposo fueron colocados. Poco despues se rodeó estos cadáveres de doce niños, ahorcados tambien por sus familias, pues así lo habia mandado el primogénito de las hijas de la Mujer-Jefe, que heredaba la dignidad de su madre. Esto hecho, levantáronse en

la plaza pública catorce horcas, adornadas de ramas de árboles y de telas en que se veian pintadas diferentes figuras. Aquellas horcas estaban destinadas para otras tantas personas que debian acompañar al otro mundo á la Mujer-Jefe. Sus parientes las rodeaban y miraban como un gran honor para sus familias el permiso que habian alcanzado de sacrificarse de esta manera. Algunas veces se suscitan altercados diez años antes para obtener esta merced; y es preciso que aquellos ó aquellas que la han obtenido hilen por su mano la cuerda con que deben ser ahorcados.

Preséntanse en sus horcas ataviados con sus trajes mas ricos, llevando en la mano la concha de un gran marisco. Su mas inmediato pariente está á su derecha, teniendo bajo su brazo izquierdo la cuerda destinada á la ejecucion, y una maza en su mano derecha. De tiempo en tiempo exhala el grito de la muerte; á este grito las catorce víctimas bajan de sus horcas, y van á bailar juntos en medio de la plaza, delante del templo y de la cabaña de la Mujer-Jefe, á la que se tributan aquel día y los siguientes extraordinarios respetos; cada una de las víctimas tiene cinco criados, y su rostro está pintado de encarnado. Algunos escritores añaden que durante los ocho días que preceden á su muerte llevan en la pierna una cinta encarnada, y que durante este tiempo todos les regalán á porfia. Sea de esto lo que quiera, en el caso de que hablo, los padres y las madres que habian sido los primeros en ahorcar á sus hijos, los tomaron en sus manos y se colocaron á uno y otro lado de la cabaña, las catorce personas destinadas á la muerte se colocaron del mismo modo, seguidos de los parientes y amigos de la difunta, todos de luto, esto es, con los cabellos cortados. Todos hacian resonar los aires con gritos tan horrosos, que hubiera podido decirse que todos los diablos habian salido de los infiernos para ir á ahullar á aquel sitio. Esto fue seguido de las danzas de aquellos que debian morir y de los cantos de los parientes de la Mujer-Jefe.

La comitiva se puso al fin en marcha; los padres y las madres que llevaban sus hijos difuntos, fueron los que primero se presentaron, marchando de dos en dos y precediendo el féretro en que yacia la Mujer-Jefe, conducido en hombros por cuatro hombres. Todos los demás seguian en el mismo orden que los primeros. De diez en diez pasos, estos dejaban caer al suelo á sus hijos, sobre los cuales pasaban los que conducian el féretro; y despues daban una vuelta en su derredor; de manera que, cuando el convoy llegó al templo, aquellos niños estaban hechos pedazos.

Mientras se enterraba en el templo á la Mujer-Jefe, se desnudó á las catorce personas que debian morir, y se las hizo sentar en el suelo delante de la puerta, teniendo cada una dos salvajes, uno de los cuales estaba sentado sobre sus rodillas, y el otro le sostenia los brazos por detrás. Pasóseles una cuerda al cuello, se les cubrió la cabeza con una piel de corzo, se les hizo tragar tres píldoras de tabaco y beber un vaso de agua; y los parientes de la Mujer-Jefe tiraron por ambos lados de las cuerdas cantando, hasta dejarles ahorcados. Despues de esto, todos aquellos cadáveres fueron arrojados al mismo hoyo, que se cubrió de tierra.

Cuando muere el gran cacique, si aun tiene nodriza, es preciso tambien que esta muera. Pero ha sucedido muchas veces que no pudiendo los franceses evitar esta bárbarie, han obtenido el permiso de bautizar á los niños que habian de ser ahorcados, y que por consiguiente no acompañaban á aquellos en cuyo honor se les inmolaba en su pretendido paraíso.

No conozco nación alguna en este continente en que el sexo femenino esté mas desenfrenado que en esta; pues se ve obligado por el Sol y los caciques subalternos á que se prostituya al primero que se presenta; y una mujer no es menos estimada por ser pública.

Aunque la poligamia está permitida, y aunque el número de las mujeres que pueden tenerse no está limitado, por lo regular cada uno solo tiene la suya, pero puede repudiarla cuando así le place; libertad de que sin embargo solo usan los caciques. Las mujeres son bastante bien formadas para ser unas salvajes, y son bastante aseadas en su vestido y en todo lo que hacen. Las hijas de una familia noble no pueden casarse sino con hombres oscuros; pero tienen el derecho de despedir á sus maridos cuando les acomoda, y tomar otro con tal que no haya alianza entre ellos.

Si sus maridos les son infieles, pueden hacerles romper la cabeza, y ellas no están sujetas á la misma ley. Pueden tambien tener tantos galanes cuantos les plazca, sin que el marido tenga derecho á quejarse; extraño privilegio de la sangre del Sol. Este se mantiene en pié delante de su mujer en respetuoso ademán, no come con ella, la saluda en los mismos términos que sus criados, y el único privilegio que le procura una alianza tan onerosa, es hallarse exento de trabajo y tener autoridad sobre los que sirven á su esposa.

Los Natchez tienen dos jefes militares, dos maestros de ceremonias para el templo, dos oficiales para arreglar lo que debe practicarse en los tratados de paz ó de guerra; uno que tiene la inspeccion sobre las obras y otros cuatro encargados de arreglar todo en las fiestas públicas. El gran cacique da los empleos, y los que los desempeñan son respetuosos y obedecidos como lo sería él mismo. Las cosechas se hacen en comun; el Sol señala el día y convoca la poblacion. A fines de julio señala otro día para el principio de una fiesta que dura tres, y transcurre en juegos y fiestas.

Cada particular contribuye á ella con su caza, su pesca y sus demás provisiones, que consisten en maíz, habas y melones. El Sol y la Mujer-Jefe presiden esta fiesta en un tablado alto y cubierto de hojarasca; son conducidos en unas andas, y el primero tiene en su mano una especie de cetro, adornado de plumas de diferentes colores. Todos los nobles los rodean en ademán sumiso; el último día el Sol arenga á la asamblea, exhortando á todos á que llenen estrictamente sus deberes, y á profesar gran veneracion á los espíritus que residen en el templo, y á educar bien á sus hijos. Si alguno se ha señalado por alguna accion digna, hace su elogio. Há veinte años que habiendo un rayo reducido el templo á cenizas, siete ú ocho mujeres arrojaron sus hijos á las llamas para aplacar los Genios; el Sol mandó se le presentasen aquellas heroínas, les tributó públicamente grandes elogios, y terminó su discurso exhortando á las demás mujeres á imitar en igualdad de circunstancias tan plausible ejemplo.

Los padres de familia nunca dejan de llevar al templo las primicias de todo lo que recogen, y lo mismo sucede con todos los presentes ofrecidos á la nación, que se esponen á la puerta de aquel, cuyo vigilante, despues de haberlos ofrecido á los espíritus, los lleva á casa del Sol, quien los distribuye á su placer. Las semillas son tambien presentadas ante el templo con grandes ceremonias; pero las ofrendas que se hacen de panes de harina en cada luna nueva, quedan á beneficio de los vigilantes del templo.

Los casamientos de los natchez no se diferencian casi de los de los salvajes del Canadá; la principal diferencia consiste en que aquí el futuro esposo empieza haciendo á los padres de la novia los presentes estipulados, siendo las bodas seguidas de un gran festín. La causa de que solo los caciques tienen muchas mujeres, es que pudiendo hacer cultivar sus campos por el pueblo sin que se les ocasione gasto alguno, el número de sus esposas no les es oneroso. Los caciques se casan con menos ceremonias que

los demás, pues se limitan á hacer avisar á los padres de la joven que han elegido, para que la coloquen en el número de sus mujeres; pero solo una ó dos guardan en sus cabañas; las otras permanecen en casa de sus padres, en donde sus maridos las visitan cuando les acomoda. Los celos no reinan en estos matrimonios: los Natchez se prestan mutuamente sus mujeres sin el menor inconveniente, y de esto nace la facilidad con que las despiden por otras.

Cuando un caudillo militar quiere levantar un partido, planta en un lugar elegido al efecto dos árboles adornados de plumas, flechas y mazas, pintadas de encarnado, como asimismo los árboles, que están picados por la parte que mira al país teatro de la proyectada guerra. Los que quieren alistarse se presentan al caudillo muy adornados, con el rostro abigarrado de diferentes colores, le manifiestan su deseo de aprender bajo sus órdenes la profesion de las armas, y que están dispuestos á arrostrar todas las fatigas de la guerra, y prontos á morir, si el caso lo requiere, en defensa de la patria.

Cuando el caudillo ha nombrado los soldados que exige la expedicion que medita, es preciso preparar en su casa una bebida llamada la *medicina de la guerra*. Es un vomitivo preparado con una raíz cocida en agua; dáse á cada uno de los alistados dos porciones ó tomas que es preciso tragar de un golpe, y que se espulsa casi al instante con los mas violentos esfuerzos. Trabájase luego en los preparativos, y hasta el día prelijado para la partida los guerreros van por el día y la noche á una plaza donde despues de haber bailado mucho y referido sus proezas, cada cual entona su cancion de muerte. Este pueblo no es menos supersticioso respecto de los sueños que los salvajes del Canadá, bastándole un mal agüero para hacerle retroceder cuando se ha puesto en camino.

Los guerreros marchan con mucho orden y adoptan grandes precauciones para acampar y alinearse. Suelen enviar descubiertas, pero no ponen centinelas durante la noche; apáganse en esta todas las hogueras, encomiéndanse á los espíritus y todos duermen con seguridad despues que el caudillo les ha encargado no ronquen con fuerza y tengan siempre á su lado en buen estado sus armas. Los ídolos están colgados en una estaca colocada hácia el lado enemigo; y antes de acostarse, todos los guerreros desfilan unos en pos de otros delante de aquellas supuestas divinidades. Vuélvense luego hácia el país hostil, y le dirigen tremendas amenazas que el viento suele llevar al lado opuesto.

Parece que los Natchez no cometen durante sus marchas con sus prisioneros las crueldades usadas en el Canadá. Cuando estos desgraciados han llegado á la gran ciudad, se les obliga á bailar y cantar muchos días consecutivos delante del templo, despues de lo cual son entregados á los parientes de los que han muerto en campaña. Estos, al recibirlos, derraman abundantes lágrimas; y despues de haberlas enjugado con las cabelleras traídas por los guerreros, escotan entre sí para recompensar á los que les han regalado sus esclavos, cuya suerte es siempre ser quemados.

Los guerreros cambian de nombre cada vez que llevan á cabo alguna hazaña, y toman los de los antiguos caudillos militares; estos nombres presentan siempre alguna relacion con el hecho por el cual han merecido esta distincion. Los que por primera vez han hecho algun prisionero ó arrancado alguna cabellera, deben abstenerse por espacio de un mes de ver á sus mujeres y comer carne, pues imaginan que si infringiesen esta práctica, las almas de los que han sido muertos ó quemados les darián muerte, ó que su primera herida sería mortal, ó que por lo menos ninguna ventaja alcanzarían sobre sus enemigos. Si el Sol manda personalmente á sus vasallos,

se cuida mucho que no se arriesgue demasiado, acaso menos por el deseo de su conservacion, que por temor de que los demás caudillos militares y las cabezas del partido recibiesen la muerte por no haberle guardado bien.

Los sacerdotes de los Natchez se asemejan bastante á los del Canadá, y tratan á los enfermos casi del mismo modo. Son muy pagados cuando el enfermo sana, pero si muere suele costarles la vida. Hay en esta nacion otra especie de sacerdotes que no corren menos peligros que estos médicos; son ciertos viejos holgazanes que, para mantener á sus familias sin trabajar, se proponen atraer la lluvia ó el buen tiempo, segun la necesidad del momento. En la primavera, todos escotan para comprar de estos pretendidos mágicos un tiempo favorable á los dones de la tierra. Si se desea lluvia, se llenan la boca de agua, y con un calumet cuya estremidad tiene muchos agujerillos á modo de una regadera, soplan al aire hácia la parte en donde descubren alguna nube, en tanto que con el chichikoué en una mano y el manitó en la otra, esgrimen aquel y levantan el otro, pidiendo con gritos horrorosos á las nubes que rieguen los campos de los que les pagan.

Si se desea un buen tiempo, suben al techo de sus cabañas, y hacen señas á las nubes para que se alejen; y si las nubes pasan y se disipan, bailan y cantan en derredor de sus ídolos, y despues tragan humo de tabaco y presentan al cielo sus calumets. Todo el tiempo que duran estas operaciones, observan un ayuno riguroso y no cesan de bailar y cantar; si se logra lo que han prometido son largamente recompensados; pero en caso contrario son irremisiblemente condenados á muerte. Pero no son los mismos hombres los que se proponen proporcionar la lluvia ó el buen tiempo; sus genios, dicen, no pueden dar sino lo uno ó lo otro.

El luto entre estos salvajes consiste en cortarse los cabellos, en no pintarse el rostro y en no concurrir á las reuniones; pero ignoro cuanto dura. Tampoco he podido saber si celebran la gran fiesta de los Muertos, cuya descripcion he hecho, pues parece que en esta nacion donde todo es en cierto modo esclavo de los que mandan, todos los honores mortuorios se reservan para estos, especialmente para el Sol y la Mujer-Jefe.

Los tratados de paz y de alianza se celebran con mucho aparato, y el gran cacique sostiene siempre en ellos su dignidad como verdadero soberano. Cuando se le advierte la llegada de los embajadores, da sus órdenes á los maestros de ceremonias para los preparativos de su recepcion, y nombra á los que alternativamente deben mantenerlos, porque hace todos los gastos de la embajada á espensas de sus vasallos. El dia de la presentacion de los embajadores, cada uno tiene señalado su puesto segun su categoria, y cuando se hallan á quinientos pasos del gran cacique, se detienen y cantan la paz.

Por lo regular, la embajada se compone de treinta hombres y seis mujeres. Seis de las mejores voces marchan á la cabeza de la comitiva, y el chichikoué sirve para acompasar la marcha. Cuando el Sol hace una señal á los embajadores para que se acerquen á él, se ponen en marcha; los que llevan el calumet bailan cantando, se vuelven hácia todas partes, se agitan con grandes movimientos y hacen muchos visajes y contorsiones; al llegar al gran cacique repi-

ten lo mismo, le frotan con su calumet de piés á cabeza, y vuelven á reunirse á los suyos.

Entonces llenan un calumet de tabaco, y teniendo un ascua en una mano, se adelantan todos hácia el gran cacique y le presentan el calumet encendido; fuman á par de él, dirigen al cielo la primera bocanada de humo, la segunda á la tierra, y la tercera en derredor del horizonte. Esto hecho, presentan sus calumets á los parientes del Sol y á los caciques subalternos; van luego á frotar con sus manos el estómago del Sol, y luego se frotan á sí mismos todo el cuerpo; finalmente, cuelgan sus calumets de unos ganchos en frente del gran cacique, y el orador de la embajada empieza su arenga, que dura una hora.

Cuando ha concluido, se hace una señal á los embajadores que se han mantenido hasta allí en pié, para que se sienten en unos bancos colocados para ellos cerca del Sol, el cual responde á sus discursos y habla tambien una hora entera. Luego, un maestro de ceremonias enciende un gran calumet de paz y hace fumar á los embajadores, que tragan la primera bocanada de humo. Entonces el Sol les pide noticias de su salud; todos los concurrentes á la audiencia les dirigen el mismo cumplimiento, y al fin se les conduce á la cabaña que les ha sido destinada, y en ella se les sirve una gran comida. Aquella misma noche, el Sol les devuelve la visita; pero cuando saben que va á salir de su casa para dispensarles este honor, van á buscarle y le llevan en hombros á su habitacion y le hacen sentar sobre una gran piel. Uno de ellos se coloca á su espalda, apoya ambas manos en sus hombros y le zamarrea durante largo rato, mientras los demás, sentados en círculo en el suelo, cantan sus proezas guerreras.

Estas visitas se repiten todas las mañanas y noches, pero en la última cambia el ceremonial. Los embajadores clavan una estaca en medio de su cabaña, y se sientan en derredor; los guerreros que acompañan al Sol, adornados con sus mas vistosos trajes, bailan y alternativamente golpean la estaca y cuentan sus mas heróicos hechos de armas, despues de lo cual hacen presentes á los embajadores. Al dia siguiente, estos reciben por primera vez el permiso de pasear la ciudad; y todas las noches se les obsequia con fiestas que no consisten en otra cosa que en bailes. Próximos ya á partir, los maestros de ceremonias mandan proveerles de todas las provisiones que necesitan para el viaje, lo que se verifica siempre á costa de los particulares.

La mayor parte de las naciones de la Luisiana tenian antiguamente su templo, como los Natchez, y en todos aquellos templos ardía un fuego perenne. Parece tambien que los maubilianos tenian en todos los pueblos de esta parte de la Florida una especie de primacia de religion, porque en su fuego debia encenderse el que por descuido ó desgracia se habia dejado apagar. Pero en la actualidad solo se mantiene en pié el templo de los Natchez, y es muy venerado entre todos los salvajes que habitan este vasto continente, y cuya disminucion es tan considerable y ha sido mas rápida que la de los pueblos del Canadá, sin que sea posible averiguar la verdadera causa de este hecho. Naciones enteras han desaparecido en un espacio de cuarenta años, á lo mas, y las que todavia subsisten son únicamente la sombra de lo que eran cuando Mr. de la Salle describió este país.

SEGUNDO EXTRACTO DE CHARLEVOIX.

HACIA muchos años que los Chichacas, por sujetiones de algunos ingleses, habian formado el plan

de destruir de tal manera toda la colonia de la Luisiana, que no quedase en ella un solo francés. Y con

cluyeron su maquinacion con tal sigilo, que los illineses, los ancausas y los thonicas, á quienes no se habian atrevido á comunicarlo porque sabian cuanto era su adhesion á nosotros, no habian tenido la menor noticia de tales intrigas. Todas las demás naciones habian tomado parte en la conjuracion: cada una debia esterminar á todos los habitantes que le habian sido señalados, y todas debian dar el golpe el mismo dia y á la misma hora. Hasta los techactas, nacion la mas numerosa de este Continente, y constantes aliados nuestros, habian sido seducidos, á lo menos los de la parte oriental, llamados la Gran-Nacion; los de la parte occidental ó la Pequeña-Nacion, no habian tomado parte alguna; pero guardaron mucho tiempo el secreto, y solo por una casualidad lo descubrieron cuando ya no era tiempo para dar la voz de alarma á los amenazados.

Habiendo sabido Mr. Perrier que los primeros habian tenido un altercado con Mr. Diron d'Artaquette, lugar-teniente del rey y gobernador del fuerte de la Maubila, hizo invitar á los caciques de toda la nacion para que fuesen á verle en Nueva-Orleans, haciéndoles esperar una cumplida satisfaccion de todos sus agravios. Fueron, en efecto, y luego que se hubieron esplicado sobre el asunto que les habia hecho llamar, dijeron al comandante general que la nacion estaba muy satisfecha de que le hubiese enviado un oficial para residir en su país y de que les hubiese invitado á ir á verle. No dijeron mas; pero volvieron muy dispuestos á no cumplir la palabra que habian empeñado á los chichacas de destruir todas las habitaciones dependientes del fuerte de la Maubila, y al mismo tiempo á hacer que los natchez realizasen su proyecto. Esto es lo que los natchez les echaron despues en cara en presencia de los franceses, sin que se atreviesen á negarlo. Nadie ha dudado que su plan era obligarnos á recurrir á ellos, y aprovecharse por este medio, tanto de lo que les daríamos para comprar su apoyo, cuanto del botin que se prometian recoger en los Natchez.

Así, pues, el comandante general estaba, sin saberlo, en la víspera de la destruccion de una parte de la colonia por unos enemigos de quienes no desconfiaba, y de ser vendido por unos aliados con quienes creia poder contar, y que eran realmente uno de sus grandes recursos, pero que intentaban aprovecharse de nuestras desgracias. Por lo demás, era tanto mas fácil á aquellos á quienes los chichacas habian hecho entrar en sus planes interesados el conseguir su objeto, cuanto que ninguna habitacion francesa se hallaba á prueba de una sorpresa y de un golpe de mano. Habia, es cierto, fuertes en algunos lugares; pero á escepcion del de la Maubila, eran meras estacadas, cuyas dos terceras partes estaban podridas; y aunque se hubiesen hallado en estado de defensa, no podian librar del furor de los salvajes sino á un reducido número de habitaciones inmediatas. Vivíase, por otra parte, en una seguridad que hubiera puesto á aquellos bárbaros en estado de dar muerte á todos los franceses hasta en las plazas mejor guarnecidas,

como sucedió el 28 de noviembre en los Natchez, de la manera que voy á referir.

Mr. de Chepar que mandaba en este punto, se habia indispuerto un poco con estos salvajes, quienes parece habian llevado el disimulo hasta el punto de persuadirle que los franceses no tenian aliados mas fieles que ellos.

El dia fijado para la realizacion del complot general no habia llegado aun; pero dos cosas determinaron á los natchez á anticiparlo: la primera fue el que acababan de llegar al desembarcadero algunos bajeles bastante bien surtidos de mercancias para la guarnicion de aquel punto, para la de los yazous y para muchos habitantes, y querian apoderarse de ellas antes de que se hiciese la distribucion; la segunda fue que habiendo el general recibido la visita de los señores Kolly, padre é hijo, cuyas tierras no estaban distantes de allí, y de otras muchas personas distinguidas, los salvajes comprendieron que prestando iban á la caza para regalar á Mr. de Chepar manjares con qué obsequiar á sus huéspedes, podrian armarse todos, sin despertar la menor sospecha. Propusieron su falso designio al general, quien lo aceptó con alegría, y al punto fueron á tratar con los habitantes para procurarse fusiles, balas y pólvora, que pagaron en moneda corriente.

Hecho esto, se esparcieron en la madrugada del lunes 28 por todas las habitaciones, publicando que iban á marchar á la caza, observando que en todas partes eran superiores en número á los franceses. Cantaron luego el calumet de paz en honor del general y de la sociedad que le rodeaba, despues de lo cual cada uno volvió á su puesto. Un momento despues, á la señal de tres tiros de fusil disparados consecutivamente á la puerta de la habitacion de Mr. de Chepar, pasaron á cuchillo á todos los colonos al mismo tiempo en todas partes. El general y Mr. Kolly fueron las primeras víctimas. Solo hubo resistencia en la casa de Mr. de la Loire de Ursins, agente principal de la compañía de las Indias, donde habia ocho hombres, que se batieron con arrojo. Ocho natchez perecieron en la refriega y tambien seis franceses, pues los otros dos se salvaron. Mr. de la Loire, que acababa de montar á caballo, quiso volver á su casa al primer tiro que oyó; pero fue detenido por una partida de salvajes, contra los cuales se defendió bastante tiempo, hasta que cayó acribillado de heridas, despues de haber dado muerte á cuatro natchez. Así, estos bárbaros perdieron en aquel lugar doce hombres; pero esta fue toda la pérdida que les ocasionó su traicion.

Antes de descargar su golpe, se habian asegurado de dos negros, entre los que habia dos comandantes. Estos habian persuadido á los demás que serian libres antes que los salvajes; que nuestras esposas y nuestros hijos serian sus esclavos, y que nada debian temer de los franceses de los demás puestos, porque la matanza se verificaria simultaneamente en todas partes. Parece, no obstante, que el secreto solo habia sido confiado á un escaso número de personas.

FIN.